



30 AÑOS DE INMIGRACION

Celebración de Fiestas Patrias en Kawasaki. El primer gran encuentro de peruanos, por esos días.

## ¿Te acuerdas, hermano?

\*¿Recuerdas aquella vez que llegamos a Narita con nuestras maletas que pesaban dos toneladas? Tu señora te puso como 50 latitas de atún, vajilla y hasta una olla. Te había mandado a la guerra...

\*¿O la primera vez que vimos nieve o debimos usar un paraguas? Nunca se olvida ese primer verano infernal, ni aquél invierno en donde todos los compañeros dormíamos con los pies metidos en el kotatsu...

\*¿Y qué me dices de las madrugadas haciendo fila durante dos horas para llamar por teléfono a Lima? Usábamos esas tarjetas de 5 y 10 mil yenes que se acababan en pocos minutos. Salía caro. Tuvimos que volver a escribir cartas; desde el cole que no lo hacía...

\*¿Te acuerdas, hermano, cómo tuviste que enseñarme a andar en bicicleta? Nunca tuve necesidad de hacerlo hasta llegar aquí. Si el supermercado quedaba lejísimos...

\*Seguro se te ha olvidado la vez que la Carmencita cumplió años y nos invitó a almorzar a su apartamento de dos cuartos. Éramos como 20 de la sección y acabamos bailando sobre el tatami. Hasta que llegó la policía y se acabó la salsa...

\*¿Y aquella vez que te fuiste a comprar vistiendo un flamante short a cuadros que resultó ser ropa interior?, ¿lo recuerdas?

\*O cuando me enfermé por varios días, y todos pasaban por el apartamento luego del trabajo para traermelas cosas de comer y hasta cocinarme. No, nunca olvidaré esos gestos de compañerismo.

\*¿Recuerdas, amigo, cómo fue triste aquella primera Navidad?, ¿o cómo te quebraste al recibir la carta en la que tu hijita te deseaba un feliz día del padre con un dibujo? Gracias a esas lágrimas, ella pudo ir a la universidad...

\*Fue el Japón que nos tocó conocer, ¿te acuerdas, hermano...?



Treinta años son media vida. Es lo que tiene de transcurrida la historia de los peruanos que un día decidieron venir a Japón, sin mucho más que sus ganas de trabajar y mucha esperanza. Algunos de éstos "senpai" de la comunidad recuerdan esos primeros días.

Nadie hubiera imaginado que una estadía temporal para ganar dinero, acabaría por prolongarse y hacerlos echar raíces. Algunos salieron del Perú solteros y hoy son abuelos, muchos iniciaron aquí su juventud y hoy peinan canas. Treinta años después, hay hasta cuatro generaciones de peruanos en Japón.

**"Nos sorprendió que llegaran de repente y en gran número. Qué está pasando, nos preguntábamos en el trabajo. Eso quería decir que las cosas allá estaban peor que de costumbre"**, rememora don Luis Oshiro, un jovial peruano que ya sobrepasó la edad de jubilación, pero cuyo vigor y entusiasmo le permiten seguir siendo uno de los funcionarios de mayor experiencia en la fábrica de vidrios donde trabaja desde 1983.

Es anterior al llamado "Fenómeno Dekasegi". Llegó en 1980 a Okinawa y desde allí se enroló en trabajos en Fukui y Shizuoka, para recalar en Kanagawa, en la ciudad de Kawasaki, donde vive. Pero no lo hizo grupalmente, como ocurriría una década después; vino por su cuenta a probar suerte y se quedó.

Oshiro y otros peruanos "veteranos" instruyeron a los primeros "dekasegi" -como entonces fueron "bautizados"- en las tareas a realizar en aquella subsidiaria de Asahi Garasu y en la rutina de vida en Japón.

Febrero de 1989 es indicada como fecha en la que se habría iniciado el éxodo masivo de latinoamericanos al Japón. Esto quiere decir, en grupos numerosos, organizados y previamente aceptados por contratistas japonesas. Viajaban a través de agencias de turismo, muchas de las cuales vendían los pasajes con financiamiento. Días en que el Perú batía el récord mundial

de inflación y el terrorismo parecía ganar la batalla en muchos lugares del país. Suficiente como para buscarse el futuro fuera de sus fronteras, convirtiéndose en "exiliados económicos".

A mediados de los 80 los peruanos en todo el Japón, no llegaban al millar. El año 1989 terminaría con una cantidad mayor a los 4 mil, casi todos llegados en los últimos meses para trabajar. Con visas de visita familiar, aquellos que tenían contacto con sus parientes japoneses. Los que no, con visas de "entrenamiento técnico" que el gobierno se inventó para cubrir las miles de vacantes existentes en la maquinaria productiva japonesa. Había aún trabajo pero el término de la bonanza de la época de la "burbuja económica" estaba a la vuelta de la esquina.

### TOCHIGI Y KANAGAWA: EL INICIO

Mooka en Tochigi, y Kawasaki en Kanagawa, fueron, probablemente, las ciudades en las que muchos de esos "pioneros" pasaron su primera noche en Japón. Eran las próximas paradas, luego de aterrizar en Narita.

En la primera se situaba la sede principal de la agencia Naruse o Narukawa, que se constituyó a fines de los 80 y gran parte de los 90, en la más grande de las contratistas que trajo latinoamericanos. Allí, solo en la planta de Kinugawa Gomu (que provee de autopartes a Nissan), llegó a ubicar a unos 300 de sus trabajadores, fuera de otras fábricas que integran los complejos industriales de esta pequeña localidad. Llegaban a los alojamientos de la contratista varias veces por semana, y desde allí eran enviados a diferentes prefecturas. Antes de su llegada, en el 88, en Mooka solo vivían 134 extranjeros.

En Kawasaki, Kanagawa, fábricas relacionadas a Asahi Garasu, Isuzu, Furukawa o Press Kogyo, entre otras, colmaban las expectativas salariales de otros miles. A cambio de ello, largas horas manipulando por primera vez máquinas en condiciones y temperaturas extremas, en muchos casos. Fue en esta ciudad donde se reunían muchos, dado que allí se situaban las

Por: EDUARDO AZATO

empresas que enviaban remesas, los restaurantes peruanos y varias contratistas. Sería, también, cuna de la formación de algunas asociaciones peruanas.

### EXTRANJEROS AQUÍ Y ALLÁ

Marcos Kanashiro llegó a los 20 años, en marzo del 89. Fue uno de los cinco primos a los que un tío llamó para trabajar en la fábrica de camiones Hino, en la ciudad de Hamura (Tokio). Fue primero a Okinawa, desde donde, vía Hello Work -la agencia nacional de búsqueda de empleo- le extendieron un contrato por 6 meses, a cuyo término debía retornar.

**"Al comienzo hubo muchos choques: lo del cambio de horario de día a noche, la comida, el poco conocimiento del idioma. Mi trabajo era soldar durante varias horas, lo que terminó por perjudicarme la vista; para poder dormir tenía que ponerme una toalla fría en la frente. Trabajé un año y me mudé a Kanagawa, ingresando a la Press Kogyo de Fujisawa, también para soldar partes de camiones que llegaban a mi sector cada tres minutos, en línea de producción"**, recuerda.

La mayoría de los trabajadores tenía ascendencia japonesa y esta particularidad les favoreció tras un cambio en las leyes migratorias en la primavera de 1990, permitiendo actividades laborales sin restricción a extranjeros de origen nipón hasta la tercera generación (sansei) por períodos prolongados. No había que renovar la visa cada 6 meses.

Pero ser nikkei en Japón, no siempre representa lo mismo que serlo en Perú. En la experiencia de muchos, esto no acrecentó ningún plus, no daba "extra bonus". Para el japonés común, podrían tener antepasados nacidos aquí y despertar algún tipo de simpatía, pero seguían siendo extranjeros. Ello tuvo consecuencias para algunos, que llegaron a plantearse cuál era su verdadera identidad.

**"En realidad no fue un choque, pero uno llegó a pensar a veces: 'Pucha, en Perú me tratan de japonés, y aquí soy extranjero'. Creo que lo han sentido todos. Pero no me molestaba porque el japonés te valora por tu rendimiento laboral. Una vez que aprendías el trato era distinto, cambiaba completamente. Claro que nunca falta alguno al que no le gustan los extranjeros. Pero comparado a hace 30 años, puedo decir que los japoneses ya se están acostumbrando"**, comenta Kanashiro.

Mary Arakaki, con tres décadas en Japón también, pensó que por ser nikkei el trato de los japoneses podría ser diferente. **"Es desilusionante al principio. Al final allá nos hacían sentir extranjeros y aquí también. Siempre trato de explicárselo a los japoneses. Al comienzo fue difícil, uno notaba que por ser extranjero el trato era rudo. Ahora son otros tiempos, ya se vienen adaptando a los cambios"**.





**EL IDIOMA, TAREA PENDIENTE**

“Recuerdo que cuando llegué no entendía nada, pese a que había estudiado algo de nihongo en Lima. De modo que para explicarme el trabajo que debía hacer o adonde ir, la japonesa a cargo me jalaba de la ropa. Era algo que me molestaba mucho y varias veces salí llorando, queriendo renunciar. Pero a medida que uno aprende el idioma, las cosas se tornan más fáciles. Ya entendía lo que me decían y el trato era diferente, con respeto. No era que querían hacerme ‘ijime’, sino que, al no entender, impotentes, se veían en la necesidad de tirarme del mandil para comunicarme lo que debía hacer. Creo que antes teníamos más interés de estudiar el idioma. Tuve que hacerlo desde que mis hijos entraron al colegio porque no entendía lo que me decían en la guardería ni en el hospital. Hubo que aprender a la fuerza con una profesora particular”, dice Gloria Zukeran, que llegó en diciembre del 89, llamada por su esposo, que la había antecedido por unos meses.

Trabajar junto a un jefe que sólo profiere insultos para señalar los errores, es una experiencia que todos tienen. Ello, añadido a la soledad y el “shock” cultural, puede resultar un cóctel peligroso. **“Entre aguantar los gritos y no poder dar explicaciones por no saber el idioma, uno llega a estresarse. No todos tienen la paciencia para tomarlo a la ligera, olvidarse y seguir adelante. A muchos les afectó gravemente. Pero en la mayoría de los casos son malentendidos o impotencia, motivados por falta de conocimiento del idioma. Por esos días el japonés tampoco estaba acostumbrado a relacionarse con extranjeros”**, recuerda Marcos.



Carlos Higa y Jaime Takahashi llegaron en 1989 para trabajar en Mooka, Tochigi.

**MOOKA, SEGUNDO HOGAR**

No todos estaban preparados para el choque cultural y el duro régimen laboral que encontraron en Japón, lo que motivó que muchos se derrumben anímicamente. La nostalgia por los suyos y el ambiente diferente, causó estragos en quienes no estuvieron preparados. Hoy la internet permite fluida comunicación con los parientes al otro lado del mundo y mucha información sobre cualquier tema en tiempo real. No fue así hace tres décadas.

**“Recuerdo que la contratista se preocupó por estos temas de salud, corporal y mental, por lo que se creó un equipo de Consejeros, integrado por médicos y psicólogos que trabajaban entonces como traductores, lo que les permitió tratar directamente cada uno de los casos. Algunos se vieron obligados a retornar a sus países porque su estado psicológico no les iba a permitir continuar trabajando”**, recuerda Jaime Takahashi, que llegó al Japón por segunda vez en junio del 89 junto a otras 35 personas, esta vez para trabajar en alguna fábrica.

Lo enviaron a Omiya, Saitama, y estaba aprendiendo a soldar cuando le ofrecieron un puesto en la oficina de la contratista en Mooka porque hablaba un poco de nihongo. Eran los días en que hasta traductores faltaba para orientar a los cientos de latinos que casi todos los días arribaban al Japón.

Como “Tantōsha” de contratista durante 20 años y residente en la ciudad desde que llegó, ha sido testigo de muchos episodios de la historia de los latinos en esa ciudad. Muchos de ellos tristes, sobre todo en los primeros años. **“Fue difícil para todos, desde la convivencia. Vivir de un día para otro compartiendo un departamento pequeño con cuatro desconocidos con los que no hay nada en común, originó algunos problemas”**, recuerda.

Desde hace 10 años trabaja en la prefectura de la ciudad, como funcionario de la Asociación Internacional de Mooka, desde donde coordina y apoya iniciativas educativas y culturales de interés para los extranjeros. En el Facebook administra la página de kasegi moka j takahashi, que rescata información sobre los primeros días de la presencia de los trabajadores latinoamericanos en Japón.

**“Hace 30 años vinimos por una mejora económica. Creo que la mayoría ha conseguido ese cometido y pudo tener algo propio o educar a los hijos. Los tiempos han cambiado y trajimos a nuestras familias a vivir con nosotros. Lo que logren la segunda y tercera generación de peruanos aquí será también fruto de estos esfuerzos en tierras japonesas”**, afirma.

**CONOCIENDO EL “IJIME”**

Probablemente Mary Arakaki haya sido la primera madre peruana en sentir el sufrimiento que causa el hostigamiento escolar en los hijos. Vino a fines de 1988 con su hijo de 7 años para visitar a su abuelo que vivía en Kanagawa.

Quería quedarse sólo lo que le permitía su visa de turista, pero la convencieron de que Japón era el lugar más apropiado para protegerse de la grave crisis económica que agobiaba al Perú.

Ya con el resto de la familia aquí, consiguió una vacante en la escuela para el mayor de los chicos y le sorprendió el que le prohiban acompañarlo al colegio. Debía ir solo con los demás niños del barrio y andando los 40 minutos que había hasta la escuela. Un día demoró más de lo habitual para regresar. Lo encontró llorando y golpeado: tres niños le habían agredido y no pudo defenderse. Fue a quejarse al colegio y les dijo a los profesores que si ello vuelve a repetirse no sabía cómo iría a reaccionar, lo que los asustó. Su hijo, en esa época, era el único extranjero en el colegio. Tras este penoso episodio las cosas cambiaron y paulatinamente el niño fue haciéndose de amistades y el vecindario acogió mejor a su familia.

Se trasladó luego a Mooka, Tochigi, trabajando en una planta de procesamiento de “moyashi”, así como fábricas de tōfu (豆腐), y posteriormente como caddie en campos de golf. Sus tres hijos ya estaban estudiando.

**“En Tochigi también tuvimos problemas de hostigamiento y agredían a mis hijos en la primaria, por ser nuevos. Tuve que estimularlos a liarse a golpes con quienes querían hacerle daño, porque no estaban acostumbrados a pelear. Las cosas empeoraron en la secundaria, donde había pandillas (bōsōzoku) que reclutaban a los alumnos de los primeros grados. Por entonces, ignorábamos que había este tipo de grupos en el colegio y la influencia negativa que tienen. Como son ‘senpai’ los quieren convencer dándoles cosas y haciéndoles creer que forman parte del clan. Nuevamente mi hijo mayor acabó siendo víctima de ellos al negarse a integrar el grupo. Ello le costó primero amenazas y después agresiones graves que lo llevaron hasta el hospital. El ambiente estaba muy peligroso, por lo que opté por volver a Kanagawa, por seguridad. Fue terrible. Felizmente, luego de tantos años, todos están logrados y los dos mayores me han dado cuatro nietas preciosas. No me gustan muchas cosas de Japón, pero acabé adaptándome. Y aunque no todo fue grato, lo que hemos pasado juntos creo que ha valido la pena para hacernos más unidos”**, dice Mary, que en más de 30 años no ha regresado al Perú.

**JAPÓN, A LOS 18**

Carlos Higa arribó a Japón en septiembre del 89, junto a medio centenar de compatriotas. Evalúa de este modo sus tres décadas en Japón: **“Siempre me pregunto si fue bueno o no venir al Japón. Lo digo por mí, no por los demás. Gané muy joven una cantidad de dinero que nunca tuve, pero esa ambición y tener la seguridad de tener dos o tres mil dólares todos los meses, no me permitió pensar qué quería hacer con mi vida y así se fueron pasando los años. No reniego de haber venido, pero hoy mis amigos y familiares están mejor en todo sentido: han estudiado una carrera, tienen un negocio propio, etc. Hubo una oportunidad en la que trabajé tres meses sin descansar un solo día, ni domingos. Era demasiado sacrificio. Perdí muchas cosas, no solo materiales. Aprendí que tan importante como ‘gambatear’, es planificar. Hoy estoy intentando independizarme, trabajando por mi cuenta, trazándome pequeñas metas”**. Y entre las cosas que viene haciendo, ha creado una página en Facebook (“Mooka shi Mooka shi”, se llama) con información de interés para los residentes en la ciudad.

Higa tenía 18 años cuando comenzó a trabajar accionando tornos en una fábrica de autopartes, Mooka, ciudad en la que vive hasta ahora. **“La juventud, las ganas y saber que estás**

**ganando 100 dólares por día, vencían a la fatiga de trabajar doce horas seis días por semana bajo presión, porque nos exigían mucho. Lo que me chocó mucho fue estar solo; puesto que al comienzo no teníamos nada en aquél departamento en el que vivíamos seis personas; ni radio ni televisión, y muchas veces nadie con quien hablar en casa por los horarios de trabajo diferentes. Repentinamente, estaba solo en un país extraño”**, refiere.

**GRATITUD A JAPÓN**

Juan Yha tenía 23 años e iniciaba sus prácticas profesionales como ingeniero civil cuando resolvió venir a Japón en septiembre del 89, alentado por lo que le decían algunos primos que ya conocían el “monstruo” por dentro. **“Era la oportunidad para ganar dinero, pero a la vez representaba un desafío, una aventura. Quería ahorrar para mi tesis, recuerdo. Con otros diez del grupo con el que llegué me ubicaron en la Yorozu de Yokohama y me tocó un trabajo pesado en el que duré poco. Nunca voy a olvidar ese primer día. Entramos sonrientes aquella mañana, y al mediodía nadie quería hablar. Era tal el cansancio que no queríamos ni comer...y faltaba aún la mitad del día, más las horas extras. Hoy da risa recordarlo”**, rememora.

Saber algo de japonés e inglés le permitió buscar otras oportunidades. Estudió hotelería en un instituto mientras trabajaba como practicante en un hotel, y al mismo tiempo tenía un empleo por horas en la ciudad de Kawasaki como barman en un live-house y atendiendo en bares izakaya y host-club, a fin de equilibrar el presupuesto. Hasta que una agencia de empleos lo enroló dentro de su equipo como traductor (担当者Tantōsha), un trabajo que ha venido desempeñando desde 1990 en varias empresas.

**“Antes de venir, uno se imagina muchas cosas sobre Japón, pero hay que estar aquí, vivir la experiencia. Y dentro de todo lo que dejan estos 30 años de mi vida aquí, prefiero enfocarme más en lo positivo. Inicialmente todos vinimos para juntar dinero y retornar al Perú. No creo que nadie, hace tres décadas, haya dicho que quería vivir aquí. La mentalidad ha cambiado y hoy son muchos los que han elegido este país para residir. En ese sentido, creo que hay que agradecer al Japón por habernos acogido y brindado oportunidades. Y al igual que lo que ocurrió en el Perú, con los inmigrantes japoneses, aspiremos a que nuestros hijos se desarrollen en otros niveles. Sería bueno también reflexionar sobre qué podemos hacer, como colectivo, para mantener esta historia de los peruanos en Japón que ya llega a los 30 años y hacerla conocer a las nuevas generaciones”**, reflexiona. ■

El presente es un extenso informe en el cual ha trabajado todo nuestro equipo de redactores. Ello debido a que ningún hecho ha causado tanto impacto en 1988, como fue el éxodo de nikkei peruanos para trabajar en el Japón. Pese a ello, un halo de silencio, conservadurismo, temor y tabú ha rodeado este hecho. Con todo, hemos tratado de enfocar el asunto desde distintos puntos, grabando testimonios, sopesando situaciones, entrevistando gente, revisando cables, comparando épocas. Hemos tratado de plasmar aquí algo que todos saben pero que pocos difunden, y lo hemos hecho de la manera más certera y objetiva posible.

El “boom” del año que pasó: éxodo al Japón

**La tierra prometida**



“El último en salir, que apague la luz...”

“PARECE UN UNDOKAI... Hay madrugadas en las que nuestro aeropuerto parece un undokai por la cantidad de nikkei que se le cruza a uno por todos lados. Unos parten, otros despiden; cuadros del éxodo al Japón. La frase ‘Tengo el orgullo de ser peruano’ despide a los viajeros al fondo. ¿El último recuerdo?”

Recorte de una revista de la comunidad peruano japonesa en 1989. Viajar al Japón fue el acontecimiento de esos días.



Juan Yha llegó a los 23 años al Japón. Vive y trabaja desde hace 30 años en Kawasaki, otro de los lugares que recibieron a los primeros peruanos.